

www.puntodelectura.com

Sabor a chocolate

José Carlos Carmona

punto de lectura



José Carlos Carmona (Málaga, 1963), doctor en Filosofía, profesor de la Universidad de Sevilla, es músico y escritor. Hasta la fecha de hoy, ha publicado tres libros de relatos: *Pararse a pensar*, *Cuentos para después de hacer el amor* y *El arte perdido de la conversación*. Con *Sabor a chocolate* ha ganado el XIII PREMIO LITERARIO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

Sabor a chocolate

José Carlos Carmona

Título: Sabor a chocolate

© José Carlos Carmona

© De esta edición: abril 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2071-9

Depósito legal: B-2.662-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Cubierta: Zapping / M&C Saatchi

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A todas las generaciones
anteriores a la nuestra,
que con su trabajo y esfuerzo
consiguieron que llegáramos a existir.*

Agradecimientos:
*A todos los que salen
nombrados en esta obra.*

«Todo jugar es un ser jugado.»
«El misterio divino de la vida es su sencillez.»
HANS-GEORG GADAMER
Verdad y método. 1960

*Sabor a
chocolate*

Eleanor Trap dirigía una fábrica.

Una fábrica de chocolates en Suiza.

Eleanor Trap descendía de una familia de húngaros americanizados que modificaron sus apellidos al llegar a Estados Unidos en tiempos de la Ley Seca.

Eleanor Trap cojeaba de su pierna derecha desde la infancia. Su tío Adrian Troadec la invitó a Suiza en los años sesenta.

Eleanor tenía 23 años cuando vio por primera vez la Europa de sus antepasados.

No sabía que el chocolate cubriría su vida desde aquel instante.

Cuando llegó a Suiza en su primer viaje adulto en avión, vomitó sobre suelo helvético. Se juró no volver a viajar por aire en toda su vida. Eleanor Trap no cumplió su promesa.

En el aeropuerto la esperaba Adrian Troadec. Tenía un enorme bigote con las puntas enroscadas. Ésa fue la primera imagen de su tío Adrian: unos enormes bigotes enroscados, en un cuerpo alto y poderoso, cubierto por un sombrero verde con una plumita.

Eleanor Trap sintió miedo. Estaba por primera vez sola. Estaba por primera vez en un país extranjero. Y estaba por primera vez con su tío Adrian. Adrian Troadec.

Eleanor Trap comprendió rápidamente que, a pesar de sus recelos, Suiza era la tierra más bella del mundo.

Era 1963. Otoño de 1963. Martin Luther King acababa de proclamar al mundo: «Tengo un sueño».

Eleanor tenía 23 años.

Adrian Troadec llevó a Eleanor a ver la pequeña fábrica de chocolate donde habría de trabajar.

La sonrisa del tío Adrian se iluminó por primera vez debajo de sus bigotes mostrándole la pequeña fábrica de chocolate.

Adrian Troadec era viudo sin hijos.

Eleanor supo que aquella fábrica sería suya.

Con el poder que da saberse dueña de todo lo que había frente a sus ojos, metió el dedo en el chocolate y lo probó. Le resultó ácido y amargo.

—¡Que le añadan más azúcar! —sentenció Eleanor.

Adrian Troadec sólo guardó silencio. En ese momento comprendió que acababa de comenzar su jubilación. Mirando a Eleanor, contemplando su fuerza y determinación, le embargó la nostalgia y le inundó el recuerdo vivo de su mujer, Alma.

Alma Trapolyi tocaba el violonchelo en la pequeña orquesta de la escuela intermedia. Era 1922, los fascistas marchaban hacia Roma. Alma Trapolyi tenía 16 años. Adrian Troadec observó que destacaba entre todas.

Para él destacaba entre todas.

Pero tardó años en llegar a conocerla. Desde entonces acudió a todos los conciertos de la escuela intermedia y más tarde, cuando ella concluyó sus estudios, la estuvo buscando en las otras pequeñas orquestas de la ciudad hasta que la encontró en la orquesta del Conservatorio. Adrian Troadec, entonces, era sólo un jovenzuelo alto y desgarbado que vendía leche puerta a puerta y que olía siempre a vaca.

El joven Adrian Troadec lo intentó todo para conocerla.

El joven Adrian Troadec era muy metódico y concienzudo y elaboraba planes siempre a largo plazo. Para conocerla, pues, intentó aprender también violonchelo en una escuela de música, pero los profesores, por su altura, le aconsejaron que tocara el contrabajo. En sólo un par de meses el maestro de música le dijo que lo abandonara, que su oído no se llevaba bien con la afinación temperada.

Tras la desolación de este primer intento, procuró conseguir un trabajo en el Conservatorio como mozo, un trabajo que —pensó— le daría la posibilidad de rondar por el escenario y los ensayos de la orquesta. Pero nunca había un puesto para él ni para nadie.

Un día, repartiendo leche, reconoció al Director de la Orquesta del Conservatorio y a partir de aquel día intentó entablar conversación,

pero sin saber por qué nunca llegaba a cruzar más de cuatro palabras con el maestro.

Una mañana que no estaba el Director pudo entrar hasta la cocina. Al pasar ante la puerta del salón de la gran casa vio un tablero de ajedrez con una partida empezada.

—Aprenderé a jugar al ajedrez —se dijo.

El joven Adrian Troadec llegó al ajedrez por amor. El ansia de amor fue su primer maestro.

Su segundo maestro de ajedrez fue Alejandro Alekhine, vencedor del primer campeonato soviético en 1920 y recién llegado a Lausanne.

Alejandro Alekhine preparaba el campeonato del mundo en la paz de la tranquila Suiza y daba clases a cuenta del Cantón de Vaud, que lo mantenía en espera de beneficios posteriores.

Alejandro Alekhine intuyó una fuerza oculta en la mirada del joven Adrian Troadec y lo preparó paciente y meticulosamente, casi hasta la extenuación, durante los siguientes tres años. Hasta que consiguió hacer de él el campeón de Suiza.

Después, Alejandro Alekhine abandonaría Suiza para ganar el campeonato del mundo en 1927, corona que mantuvo hasta 1935 y que volvió a recuperar dos años más tarde y mantuvo hasta su muerte en 1946.

Alejandro Alekhine —diría más tarde Adrian Troadec— le obligó a hacer un gambito de dama.

Sacrificó tres años de su vida para conocer a un hombre que quizás podría abrirle las puertas para conocer a una mujer que quizás podría estar interesada en él.

Y le salió bien la jugada: no sólo conoció al Director de la Orquesta y se hizo su mejor compañero de juego sino que Alma Trapolyi resultó ser su hija, y por ganar el campeonato nacional de ajedrez pudo dejar su trabajo de repartidor y dejar de oler a vaca.

Pero no fue fácil conquistar a Alma Trapolyi.

Alma Trapolyi tocaba a todas horas el violonchelo, leía novelas de amor francesas y amaba a su padre, Lajos, también de procedencia húngara, que había sido invitado a quedarse como Director de la Orquesta del Conservatorio diez años antes tras una gira exitosa con la Orquesta de la Provincia de Pécs. Alma Trapolyi amaba a su padre, Lajos, y odiaba a su hermano pequeño György. Su madre había muerto años atrás.

Y a Alma Trapolyi le irritaba que un joven lechero con olor a vaca venciera día tras día a su fantástico padre en algo en lo que hasta entonces había sido invencible.

Lajos Trapolyi, sin embargo, sólo decía bondades del joven Adrian. Proclamaba su inteligencia, su esfuerzo, su voluntad, su historia de rebeldía en Hungría y su apasionado gusto por la música. Mejor hablaba de él, más lo odiaba Alma.

—En cada partida —decía el maestro Lajos—, Adrian pone una energía, un ansia, que va más allá de lo natural, como si una fuerza oculta le empujara a ganar.

Adrian comenzó a elaborar la estrategia definitiva. Para ello necesitaba conocer a su contrincante, saber su forma de juego, percibir sus debilidades. Y comenzó a seguirla, a hacerse amigo de sus amigos, a charlar sobre ella largamente con su padre y a observarla continuamente.

Después de un par de meses sabía a la perfección que era una mujer meticulosa, trabajadora y rigurosa, de gran estabilidad mental y espiritual, que nunca se desequilibraba por nada.

Adrian Troadec, después de dos meses de analizar a este contrincante y de preparar la partida, no sabía cómo vencerla.

Por más que el joven Adrian Troadec intentaba pasear con ella, hablar con ella o acompañarla después de los ensayos las tardes de verano, ella se encerraba en su rica soledad de música y lecturas sin necesidad de nadie más.

Su equilibrio y estabilidad eran siempre totales. Sólo después de los conciertos notaba en

ella una cierta desazón, que la recluía aún más en su caparazón y que la impulsaba a ir a casa a paso ligero cargando sobre su espalda su violonchelo enfundado.

En ese camino, solía desviarse por una callejuela para detenerse en una vieja panadería donde, invariablemente, se compraba y comía un pequeño bollito dulce.

Adrian Troadec tuvo que defender por primera vez su título nacional de ajedrez en la ciudad de Ginebra. Era el año 1927 y Adrian Troadec tenía 23 años. Su maestro Alejandro Alekhine había venido de París para presenciar el campeonato.

Para Adrian había sido un viaje algo penoso, se encontraba cansado y desanimado por el largo camino recorrido en su partida contra Alma Trapolyi, en la que estaba a punto de firmar tablas.

Adrian Troadec ganó sin dificultad las partidas primeras, que le parecieron de trámite. Y la última debió jugarla nuevamente contra su adversario del año anterior, Honoré Louhans, a quien había arrebatado el título.

A Adrian Troadec le tocó jugar con las negras. En el comienzo de la partida se disputaron el centro del tablero con sus peones. El alfil blanco salió para atacarlo. Tras unas maniobras,

la dama negra tuvo que salir en defensa del centro del campo de combate, aunque al verse acorralada se sintió obligada a retroceder. Las siguientes escaramuzas llevaron esta vez a la dama blanca al centro para defender un último peón. La salida de un peón negro más desequilibró el centro y produjo una enorme masacre sobre una sola casilla, la casilla 5 rey: el peón negro comió al peón blanco, el victorioso fue comido por el caballo blanco, a éste lo abatió el caballo negro, pero la dama blanca acabó con él, luego la dama negra lo vengó y la torre blanca eliminó, por último, a la dama negra.

Adrian Troadec contempló la masacre que en unos pocos minutos había dejado el tablero medio vacío y se asustó de la vida.

—Así también, a veces, juega la vida —se dijo.

Años más tarde habría de recordar esa misma jugada cuando vio morir a sus compañeros en un asalto militar nazi al cuartel de Kufstein en la frontera con Alemania, cerca de Múnich y Salzburgo.

Haciendo un esfuerzo por concentrarse en la partida, realizó un recuento que le dejaba una situación de control del centro del tablero con dos de sus peones respaldados por sus alfiles.

Aunque un poco más animado por el resultado de este combate, el cansancio le acechaba y por un momento tuvo miedo.

Adrian Troadec tuvo miedo de perder y de que, perdiendo, su posición social cambiase y se viera envuelto en una espiral de desastres que lo apartara de Alma Trapolyi.

Adrian Troadec movió un peón lateral en el flanco de la dama que bloqueó a un peón blanco convirtiéndolo en una debilidad de su contrin-cante. Pero tras una defensa con movimiento de torres, Adrian Troadec cometió un error al des-bloquear el peón blanco tomando con cierta prisa e inconsciencia al peón de la segunda co-lumna y perdiendo así el control sobre ese flan-co y la superioridad en el centro.

Cuando se dio cuenta del error, pidió un receso de diez minutos al que tenía derecho.